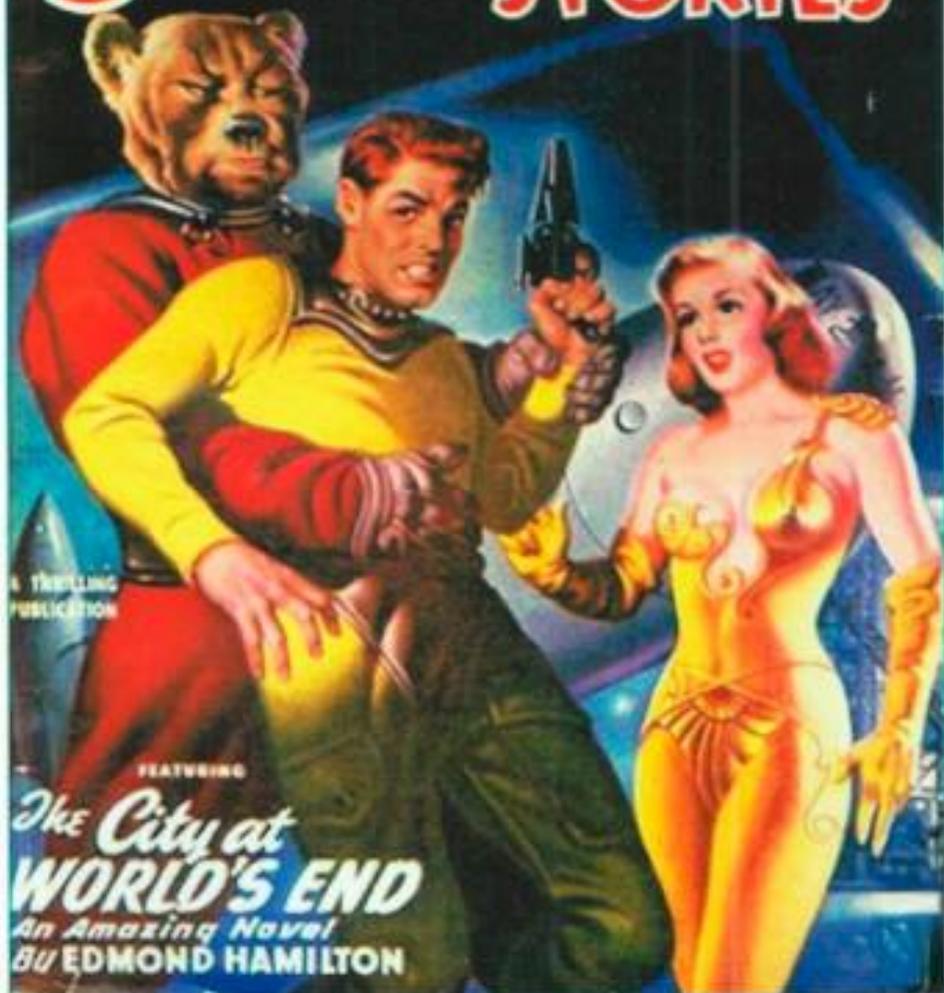


Edmond Hamilton

La ciudad
en el fin del mundo



STARTLING STORIES



Publicada en julio de 1950 en las páginas de «Startling Stories» (y posteriormente en volumen en 1951), la novela que hoy les ofrecemos tiene varios puntos a su favor muy importantes. El primero, que en 1965 su tema volvió a ser empleado de nuevo por uno de los más grandes del género, Robert A. Heinlein, en su novela «Los dominios de Farnham». Si ya conocen, por encima que sea, el argumento de la presente novela (que una ciudad de los tiempos de la Guerra Fría es enviada junto con todos sus habitantes al más lejano e inimaginable futuro a consecuencia de una detonación nuclear sobre la misma), verán que las semejanzas con la novela de Heinlein son más que unas pocas. Sin embargo, en la novela de Heinlein, como no podía ser menos, tratamos con auténticos individualistas: en la de Hamilton, por el contrario, los personajes deambulan en un conjunto casi unitario. Por otro lado, esta ciudad en el fin del mundo es tan parecida a la miniaturizada (por el terrible Brainiac 5) ciudad de Kandor, capital del mundo de Krypton, mundo natal de Superman, que no es extraño ver que el creador más conocido de la misma (dejando a un lado al que fuera otro mito de la ciencia ficción de los principios, Otto Binder, quien la crease en su primera aparición) sea el encargado de narrar algunas de sus más fascinantes aventuras del futuro. La novela, «space opera» del más puro estilo Hamilton, toca muchos temas y todos los toca muy bien. El desarrollo de la primera mitad de la obra, la supervivencia tras un ataque nuclear sobre una pequeña ciudad estadounidense, se lee con un interés creciente que, como es habitual en Hamilton, no deja de sorprendernos. En esta ocasión, no obstante, nuestro autor parece más contenido que nunca y sus aventuras, sin dejar de tener ese maravilloso toque de «sense of wonder» que siempre tuvieron, tie-

nen también ese algo más que siempre esperamos y tan pocas veces obtenemos.

Índice de contenido

Sobre Edmond Hamilton

Capítulo I. El cataclismo

Capítulo II. El increíble suceso

Capítulo III. En el crepúsculo del mundo

Capítulo IV. La ciudad muerta

Capítulo V. Amanecer rojo

Capítulo VI. En marcha hacia el porvenir

Capítulo VII. Bajo la cúpula de cristal

Capítulo VIII. ¡Aquí Middletown!

Capítulo IX. Más allá del silencio

Capítulo X. Enviados de las estrellas

Capítulo XI. Revelación

Capítulo XII. Crisis

Capítulo XIII. La ciudad se rebela

Capítulo XIV. Última llamada

Capítulo XV. Nuestra madre, la Tierra

Capítulo XVI. Vega

Capítulo XVII. El juicio de las estrellas

Capítulo XVIII. El regreso

Capítulo XIX. La última decisión

Capítulo XX. Cita con el destino

Capítulo XXI. El despertar de la Tierra



Sobre Edmond Hamilton

El decano de los escritores de ciencia ficción es, sin lugar a dudas, Murray Leinster, pero ¿quién es su legítimo heredero? Con toda seguridad, Edmond Hamilton, uno de los autores más populares del género, pero también uno de los más subestimados, como veremos más adelante.

Desde 1926 no pasa un año sin que una veintena de relatos con su firma aparezcan en las revistas consagradas a la ciencia ficción o a lo extraño. Pero no por ello hay que creer que su talento esté de capa caída o que haya que rendirle algún tipo de homenaje tan solo por sus mejores días. Muy recientemente, tres de sus novelas fueron elegidas por Doubleday para formar parte de su Science Fiction Book Club: *The star of life* (1959), *The haunted stars* (1960) y *Battle for the stars* (1961). Su relato «Réquiem» (*Amazing Stories*, abril de 1962) fue, y con mucho, el relato más aplaudido del año. Ese «réquiem» es pronunciado por el comandante de una nave espacial, el último hombre que pisó la superficie de la Tierra antes de que su órbita, convertida en una espiral, la precipitase sobre el Sol. Este texto alcanza su cima con la descripción de la amargura del comandante ante los profesionales de la cámara y del micrófono llegados para grabar la zambullida final del planeta madre. Una ovación, apenas menor, recibieron «The stars, my brothers» (*Amazing Stories*, mayo de 1962) —que pone en escena a un hombre del presente que recobra el conocimiento en un lejano futuro para verse envuelto en un dra-

mático conflicto entre el corazón y la razón— y «Sunfire!» (*Amazing Stories*, septiembre de 1962) —donde un hombre aprende humildad cuando entra en contacto con unas criaturas hechas de fuego viviente. Estos tres relatos testimonian un refinamiento técnico y una madurez que dan su plena dimensión al dominio de la acción y de la aventura que, desde siempre, han sido las cualidades más reconocidas de Edmond Hamilton.

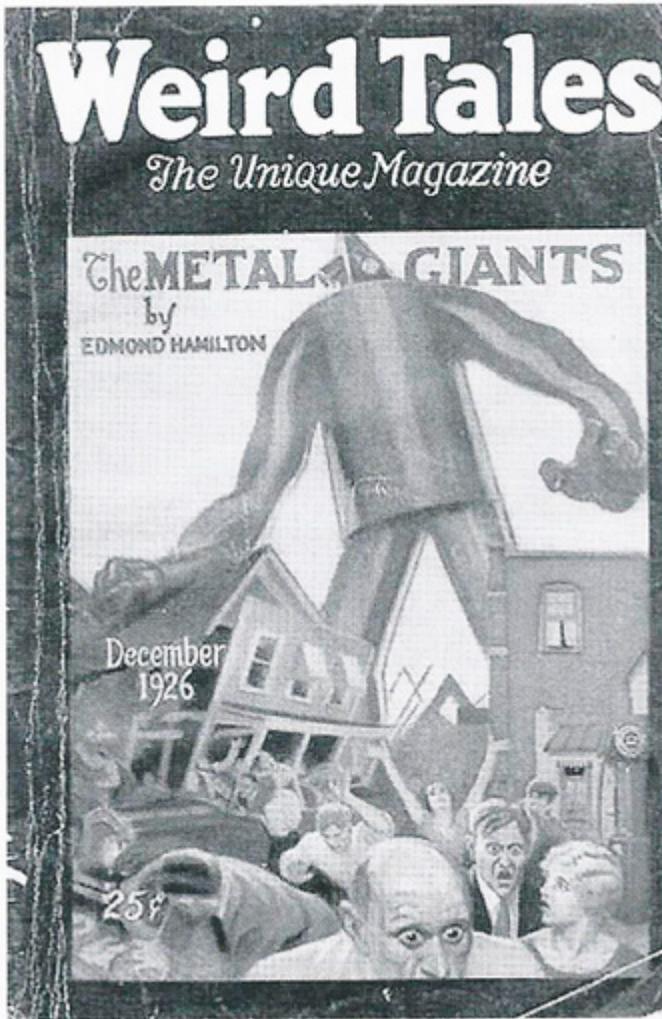
Edmond Hamilton debutó con «The monster-god of Mamurth», en el número de agosto de 1926 de *Weird Tales*. La aparición de su primera historia casi coincidió en el tiempo con la creación de la primera revista de ciencia ficción: *Amazing Stories*, que empezó su carrera en abril de 1926. A partir de entonces, *Argosy* y *Weird Tales* (que publicaban de uno a seis relatos de ciencia ficción en cada número) fueron el terreno abonado que permitió el crecimiento de la ciencia de ficción de calidad.

Uno de los «grandes» de la revista *Argosy* fue Abraham Merritt, por cuyas obras el joven Hamilton sentía una verdadera veneración. Inspirándose en un clásico de Merritt, «The people of the pit» (*All-Story Magazine*, 5 de enero de 1918), una obra maestra sobre una ciudad perdida en una caverna de Alaska, Hamilton escribió su primer cuento, bajo el título de «Beyond the unseen wall». Farnsworth Wright, redactor jefe de *Weird Tales*, lo rechazó debido a su confuso final. Menos de un año después, reescrito bajo el título de «Te desert god», fue aceptado por él y publicado bajo el título, cambiado nuevamente, de «The monster-god of Mamurth».

Debido a una notable coincidencia, apareció en el mismo número de *Weird Tales* donde se publicaba «The woman of the wood», el único relato que Merritt publicó en esa revista. *Weird Tales* publicaba una lista mensual de los relatos preferidos por sus lectores. Un éxito embriagador

para nuestro escritor fue ver que a su relato solo lo superó el de Merritt, adelantando incluso a la contribución de H. P. Lovecraft, «The terrible old man».

«The monster-god of Mamurth» sobrepasaba claramente la media de lo que se escribía por aquel entonces. En el desierto de África del norte, un explorador descubre una ciudad legendaria protegida por muros de invisibilidad. Sus antiguos habitantes adoran a una gigantesca criatura arácnida y transparente como el aire, de la que se descubre que vaga por las calles de la ciudad desierta. Algunos episodios de la historia son particularmente impresionantes, como aquel en el que el héroe se encuentra, sin apoyo visible, en la parte más alta de la escalinata de un templo, o en el que huye del «dios» monstruoso a través de unas construcciones que no puede ver, o, por último, la impactante imagen en la que le vemos arrojar un enorme pero invisible bloque de piedra hacia los ruidos que se le acercan, con la esperanza de destruir la amenaza que poco a poco se va haciendo visible al ser empapada por su propia sangre.



Weird Tales, «The metal giants», diciembre de 1926. Obra de Joseph doolin.

Antes incluso de la publicación de «The monster-god of Mamurth», Hamilton le vendió a Wright *Across the space*, una novela en tres partes cuya aparición empezó en *Weird Tales* en septiembre de 1926. En esta novela se nos dice que las estatuas de la isla de Pascua representan a los marcianos que viven en una ciudad subterránea desde la que intentan acercar el planeta rojo a la Tierra para permitir así

una llegada masiva de su enorme población. La escritura y la historia son apasionantes, pero el soporte científico (que recuerda bastante la historia de *Los desterrados de la Tierra* [1889], de André Laurie, que ofrecimos en la primera serie de «Los pioneros de lo desconocido» en esta misma editorial hace un par de años) por el que nuestro satélite puede ser atraído magnéticamente hacia la Tierra es bastante primario.

A esta historia la siguió «The metal giants», que se ganó el derecho de la ilustración de portada del *Weird Tales* de diciembre de 1926. Aunque recuperaba el manido tema de Frankenstein (un cerebro artificial que se vuelve contra su creador y fabrica enormes robots movidos por la fuerza atómica y que devastan ciudades y gasean a sus habitantes), la novela obtuvo tres veces más votos favorables por parte de los lectores que su inmediata seguidora.

De nuevo, «The atomic conquerors» (*Weird Tales*, febrero de 1927) fue clasificada en primer lugar por los lectores. El relato describe la guerra entre los habitantes de un micro-universo subatómico y los de un macro-universo del que nosotros solo somos un átomo, y en el que la Tierra es el campo de batalla. En el número siguiente, «Evolution island» (*Weird Tales*, marzo de 1927), un *tour de force* imaginativo, nos encontramos con un rayo que acelera la evolución y provoca extraños efectos en todas las formas de vida, especialmente cuando crea plantas semovientes e inteligentes; el relato no alcanzó el primer lugar por muy pocos votos. Con veintitrés años de edad, Hamilton conoció unos muy prometedores inicios.



Edmond Hamilton nació en Youngtown (Ohio) el 21 de octubre de 1904, en una época en la que aquella región todavía tenía un aspecto muy parecido al que tenía Nueva Inglaterra. Por parte de su padre, la familia era de ascendencia escocesa e irlandesa. La familia llegó desde el valle de Shenandoah (Virginia) en 1920. Entre sus antepasados también se pueden encontrar galeses e incluso en sus facciones se distingue una clara herencia india.

Su padre, Scott B. Hamilton, el hijo menor de los seis vástagos de Homer Hamilton, propietario de una pequeña acería, era dibujante humorístico en un periódico. Su madre, de una familia cuáquera originaria de Pensilvania, fue maestra de escuela antes de casarse.

La familia conoció días difíciles tras el nacimiento de Edmond, y su padre retomó una granja en los alrededores de Poland, Ohio. Los primeros recuerdos del joven Edmond fueron los de una casa sin agua, ni electricidad, ni gas. Los automóviles eran muy raros en sus caminos de lodo reseco. «Se tenía la sensación de vivir en la antigua América rural, tranquila e inmutable», evoca.

Aquella vida campestre quedó olvidada cuando la familia se fue a vivir, en 1911, a New Castle, una ciudad de cuarenta mil habitantes. Su padre encontró trabajo en el periódico local. El joven Hamilton era muy sociable y conoció una juventud luchadora y alegre, pero que no le hizo olvidar sus días de pesca con sus camaradas de clase. Era un alumno excepcional. Entró en el colegio a la edad de diez años, en 1914, y salió cuatro años más tarde, tras aprobar el examen de graduación sin dificultad.

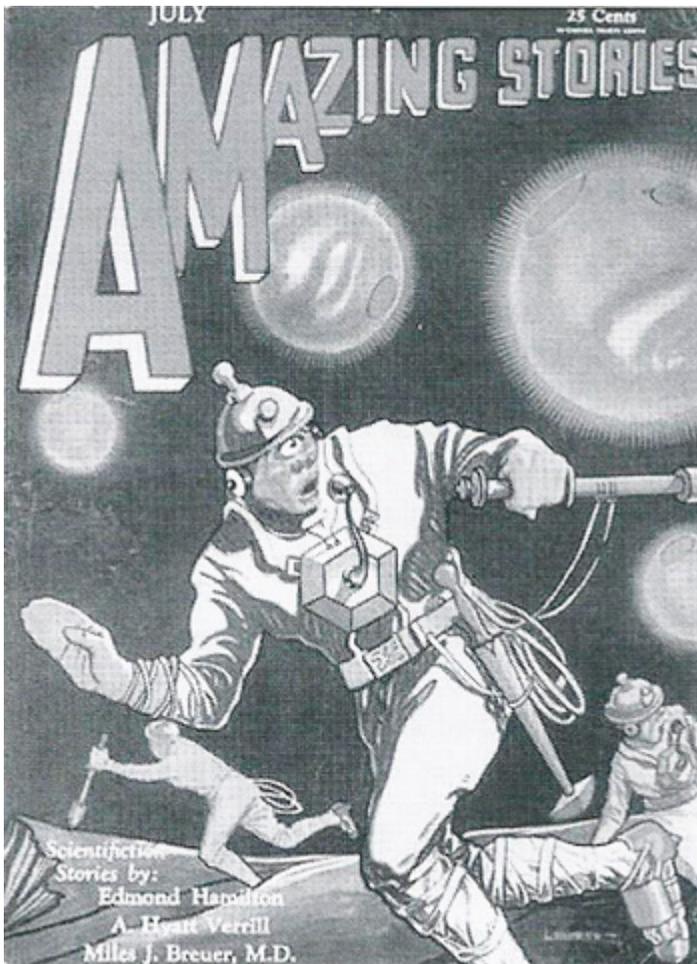
Su familia, convencida de que era un genio, le envió al Westminster College en el otoño de 1919. Las pruebas de entrada revelaron un cociente de inteligencia particularmente alto, y todos pusieron en él las mayores esperanzas. «Estudiante de quince años», escribe Hamilton, «fumaba en pipa de espuma y leía a Shaw, O'Neill e Ibsen. Elegí física,

pero, tras el primer año, ya tuve más que suficiente de los autores clásicos».

Pero la diferencia de edad con los otros estudiantes no tardó en dejarse notar. Se hizo cada vez más solitario y empezó a coleccionar libros antiguos, una pasión que nunca le abandonaría. Hasta aquel momento había mostrado un interés mediocre por la literatura de imaginación, pero a partir de entonces *All-Story Magazine* y *Argosy* adquirieron un nuevo lustre. Las maravillosas historias de Abraham Merritt, Edgar Rice Burroughs, Homer Eon Flint, Austin Hall, George Allan England y Víctor Rousseau no tardaron en suplantarse las de O'Neill e Ibsen. En aquel mundo de las revistas, encontró un medio de evadirse de la aburrida rutina de la vida académica. En su tercer año en el College le expulsaron de Westminster, una universidad presbiteriana, porque no asistía a los servicios religiosos.

Pese a su amarga decepción, su familia le ayudó cuando, tras abandonar toda esperanza de contribuir a la evolución de la física, aceptó un puesto como cantero en los Ferrocarriles de Pensilvania. Ya había trabajado en cosas parecidas en las vacaciones escolares y le apasionaban los trenes. Cuando su puesto fue eliminado en 1924, escribió su primer relato y nunca volvió a trabajar como asalariado.

La fecundidad de la imaginación de Hamilton y la originalidad de sus ideas le ganaron el favor de los lectores de *Weird Tales*. Farnsworth Wright estaba encantado. Hamilton era una baza que le permitía, una vez apareció *Amazing Stories* en el mercado, conservar aquellos de sus lectores a quienes les gustaba la ciencia ficción, incluso atraer algunos nuevos. A lo largo de los veintisiete años que le quedaban de vida, *Weird Tales* —tras las dificultades que precedieron a la aceptación de «The desert god»— no rechazó ninguna de las historias de Edmond Hamilton.



Amazing Stories, The universe wreckers, julio 1930. Obra de Leo Morey.

«The Moon menace» (*Weird Tales*, septiembre de 1927) tuvo una influencia especialmente grande. Murray Leinster había lanzado la idea de que una oscuridad impenetrable podría ser empleada como arma en su relato «The darkness on Fifth Avenue», que causó sensación cuando apareció (*Argosy*, 30 de noviembre de 1929). «The Moon menace» inauguró la idea de los transportes interplanetarios mediante transmisores de materia («Radio mates», de Benjamín Witwer, aparecida en *Amazing Stories* de julio de 1927, los

empleaba para desplazamientos terrestres). La historia mereció el galardón de mejor relato del número.

The time raider también era notable. Esta novela en cuatro partes empezó a aparecer en *Weird Tales* en octubre de 1927. La curiosa idea de reunir en un mismo tiempo a guerreros provenientes de diferentes épocas de la Historia ya había sido empleada por John Kendrick Bangs en un cuento de fantasmas, «A houseboat on the Styx» (1895) y, de un modo más científico, por J. L. Antón en «Creatures of the ray» (*Argosy*, 10 de octubre de 1925), pero nunca antes había sido explotado en una historia larga. En la novela vemos a un hombre del futuro que emplea una máquina para viajar en el tiempo que le permite ir al pasado y reclutar o raptar el ejército que necesita. La novela fue la más notable de su tipo hasta la aparición de «Recruiting station», de A. E. van Vogt (*Astounding Science Fiction*, marzo de 1942). Algunos años más tarde, John W. Campbell volvió al tema de la lucha contra una astronave invisible («Solarite», *Amazing Stories*, noviembre de 1930), que Hamilton empleó de un modo bastante dramático en *The time raider*, resolviéndolo a su manera. Pese a los años transcurridos, *The time raider* sigue siendo un relato apasionante.

La editorial del número de junio de 1928 de *Weird Tales* estuvo en su totalidad consagrada a Edmond Hamilton, y, en el número de octubre, la redacción citaba «dos ejemplos de genios descubiertos y dados a conocer: Edmond Hamilton, maestro supremo del relato científico misterioso, y Robert S. Carr, apóstol de la nueva generación y autor de la novela de éxito *The rampant age*, convertida en *best seller* cuando su autor apenas cuenta con diecinueve años de edad».

